

Del descubrimiento al desencubrimiento

(Hacia un desagravio histórico)
Enrique Dussel

Hace exactamente veinte años, en Münster, escribíamos unas páginas sobre lo que en ese entonces llamábamos el «ser de Latinoamérica», con toda la ambigüedad que esto pudiera contener. Al acercarnos al quinto centenario del acontecimiento ciertamente ineludible de nuestra historia de la llegada de Colón a una de nuestras islas del Mar Océano no podemos dejar de volver a pensar aquel momento fundacional. La ocasión es tanto más propicia ya que, se quiera o no, la *interpretación* presente de aquel hecho pasado tiene consecuencias para el futuro. En las tensiones y hasta contradicciones de la constitución de sentido de aquel acto no se juega solamente una cierta recuperación de lo ya acontecido, se juega más bien una cierta opción teórica y práctica ante la realidad crítica latinoamericana contemporánea. Como siempre, echar una mirada hacia el pasado no deja de tener implicaciones actuales. Que España haya lanzado, y hasta un gobierno socialdemócrata, la idea de la conmemoración no deja de hacernos pensar. Y que nosotros, grupos muy diversos y de distintas naciones, vayamos tomando posiciones de las

más variadas no deja de tener consecuencias no sólo teóricas, culturales o académicas, sino igualmente políticas y de cierta trascendencia aún en la vida de nuestros pueblos. Una reinterpretación, una profundización, un desencubrimiento del sentido de la llegada de Colón y los que le siguieron a nuestro continente, no podrá dejar de tener sus efectos. En esta *lucha hermenéutica*, contradicción entre interpretaciones, lo que interesa no es el brillo o espectacularidad de los discursos, sino el grado de realidad que manifiesten con respecto al sujeto práctico e histórico con el que se articula. Cada interpretación teórica tiene su correlato práctico, y por ello, al fin, es manifestación ideológica de un actor en el drama de nuestra historia.

1. La invención de América (fenomenología desde la subjetividad europea)

Hace ya casi treinta años en una hermosa obra de Edmundo O'Gorman, se postuló la tesis de *La invención de América*¹. La tesis, de inspiración heideggeriana y no sin influencia del pensamiento de Gaos, tiene todas las virtudes de una interpretación ontológica que supera las anécdotas superficiales. Si se toma como punto de arranque de la descubra algo debe tener alguna conciencia de su pre-existencia. Es decir, la idea de «descubrimiento», aún el *casual* descubrimiento de Colón, «es el resultado final e ineludible de un desarrollo hermenéutico condicionado por la *previa* idea de que América es un ente investido desde siempre, para todos y en todo lugar de un ser predeterminado... una cosa en sí» (p. 11). O'Gorman, en una de las más bellas páginas del pensamiento latinoamericano va mostrando, inteligente y eruditamente, cómo, en realidad, desde el *mundo* (en el sentido ontológico existencial heideggeriano) de Colón o América Vespucio, las cosas acontecieron. El «ser americano» va *apareciendo* en el antedicho mundo concreto desde el «ser asidótico» de las islas y tierras encontradas en el Mar Océano. En realidad Colón nunca sobrepasó el horizonte del «ser asidótico» de las tierras encontradas —y por lo tanto, para O'Gor-

man ni siquiera descubrió América en el sentido tradicional de la palabra—. Pero aun cuando se conoció el «ser americano» de las tierras halladas, aproximadamente en 1507 y gracias a la *Cosmographie Introductio* y otras obras de ese año, tampoco ese acto fue un descubrimiento:

«Cuando se dice que América fue descubierta tenemos un modo de explicar la aparición... de un ente —escribe O'Gorman— ya constituido en el ser americano; pero cuando afirmamos que América fue inventada, se trata de una manera de explicar a un ente cuyo ser depende del modo en que surge en el *ámbito* de aquella cultura (occidental)... El ser de América es un suceso dependiente de la forma de su aparición... como resultado de un acontecimiento que, al acontecer, constituye el ser de un ente» (p. 91). De esta manera, la cultura occidental tiene «la capacidad creadora de dotar con su propio ser a un ente que ella misma concibe como distinto y ajeno» (p. 97).

Esta visión, en cierta manera creadora *ex nihilo* del ser o del sentido del ente, habría adoptado una posición extrema que el mismo Heidegger no hubiera aceptado.

2. El descubrimiento de América (fenomenología todavía europea)

En efecto, para Heidegger, el dotar de sentido al objeto (como para Husserl en este punto, y para evitar un idealismo absoluto) significa un encuentro de dos momentos:

«Ser verdadero quiere decir ser descubridor»².
«Con el estado de descubiertos se muestran los entes justamente como entes que ya *antes* eran... Semblante comprender entes en las relaciones que tienen bajo el punto de vista del ser sólo es posible sobre la base del estado-de-abierto, es decir, del ser descubridor del ser-ahí»³.

Es decir, constituir el sentido del «ser americano» de lo encontrado por Colón evidentemente no consiste en incluir en el mundo de Colón lo ya-ser-americano. Por cuanto el «ser americano» de lo encontrado es el haber sido investido ya de

1. PCE, México, 1957.

2. *Sein und Zeit*, § 44,b (ed. Gaos, PCE, México, 1968, p. 240; Max Niemeyer, Tübingen, 1963, p. 219).

3. *Ibid.*, c (pp. 248-249; p. 227-228).

sentido. Pienso que O'Gorman confunde entre el «ser americano» como cosa en sí previa, y esto como supuesto del descubrimiento (es decir, descubrir sería conocer lo oculto ya con sentido), a «lo encontrado» como cosa en sí previa, ente que aparece, todavía sin sentido, y que cobra sentido en el mundo de Colón (y desde el horizonte de dicho mundo ya dado) como «ser americano». Pienso que para Heidegger hay realmente «des-cubrimiento» de América y no «invención». «Invención» —o el «ser en bruto» de Alberto Caturilli— habría si el ente que aparece no trajera consigo ninguna realidad, consistencia, resistencia. En este caso no sólo habría constitución de sentido sino «llenamiento» (llenarlo) de realidad. Sería algo así como un idealismo absoluto.

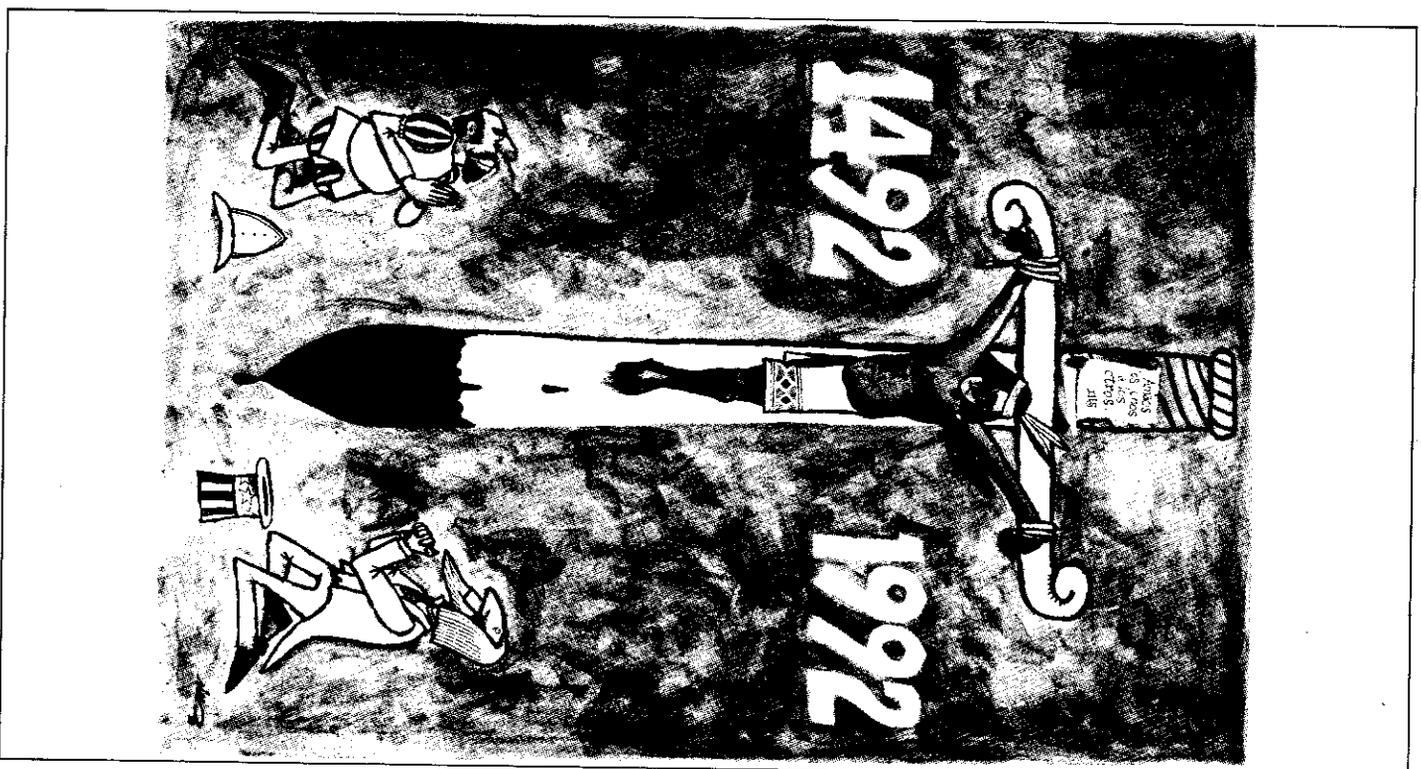
Pienso que lo que tan admirablemente describe O'Gorman, como pasaje de sentido de un ente del «ser asídico» al «ser americano», es estrictamente «des-cubrimiento». Se constituyó el sentido europeo del ente encontrado: lo encontrado ya real no estaba en el mundo (pero era real); entró en el mundo europeo pero con consistencia propia. Esta realidad resistente, el ente, fue interpretado desde la totalidad de sentido europeo. No fue inventado sino des- (el acto de dar sentido) -ocultado (lo real encontrado).

Pero, como es evidente por lo que seguirá, no es ésta la cuestión fundamental. Lo fundamental es que O'Gorman cae en las limitaciones del propio Heidegger.

3. La intrusión extraña (vuelco copernicano a la subjetividad nuestra)

La limitación metafísica de la ontología heideggeriana consiste en que, aunque habla del «ser-con»⁴, siempre parte del sí-mismo, del *Dasein* (ser-ahí) como centro del mundo. Por ello la interpretación de la «invención de América» toma, en primer lugar, a Colón y al ser-ahí europeo como centro del mundo. Y, en segundo lugar, a lo encontrado en el Mar Occéano como un ente. Esto es exacto en la historia, y en la realidad de los hechos. En efecto, el hombre europeo consideró a lo encontrado como un ente, una cosa. No lo respetó como «el

4. *Ibid.*, § 26. Véase mi obra *Para una ética de la liberación latinoamericana*, § 13-15 (2.ª ed. Edicol, México, 1977, t. I, pp. 98ss).



Otro», como otro mundo, como el *más-ahí* de toda constitución de sentido posible desde el mundo colombino. Plantéé por ello, magistralmente O'Gorman el comienzo de un discurso, pero no continuó su despliegue.

Si con la misma fenomenología heideggeriana nos situamos ahora desde el *ser-ahí habitante* de este continente, el hombre que mora en este espacio nuestro, la descripción no sería simplemente la inversión de la anterior, sino que consistiría en constituir de sentido *distinto* a lo que aparece en el horizonte de su mundo propio. Túpac Amaru, en el bando que se encontró en su bolsillo en el momento de su arresto, había escrito:

«Por eso, y por los clamores que con generalidad han llegado al Cielo, en el nombre de Dios todopoderoso, ordenamos y mandamos, que ninguna de las personas dichas, pague ni obediencia en cosa alguna a los ministros europeos intrusos»⁵.

Del latín *intruso* (meterse violentamente al interior), *intrusión* significa penetrar a un mundo, el del otro, sin derecho, sin permiso, entrometerse. Para aquel gran rebelde inca los europeos eran en nuestro continente: «intrusos». Desde Europa, en posición extrema, se da la creación de América (invención); desde nuestro continente se da la «intrusión» en nuestro mundo *ya dado*, con su sentido propio, sus derechos, su dignidad... del otro.

Desde el mundo nuestro pre-hispánico el recién llegado desde el este, desde donde nace el sol, desde donde nacen las nuevas épocas y los dioses, irrumpió intruso, arrogante, agresivo, amenazante. Si el europeo llegaba a esta «cosa» *explorable* para encontrar riqueza (para vivirla en su retorno a Europa), para el originario morador de este espacio (no nuevo sino *propio*, y por ello hablar de *nuevo mundo* es ya europeísmo) el *descubrimiento* fue su posición existencial ante la *extrañidad* de la intrusión divina. En el propio mundo del originario morador (que no era *indio* porque éste es ya el falso nombre que se le puso en ese descubrimiento del «ser

americano» desde el «ser asiático», porque indio es el nombre *asiático* del originario morador y por lo tanto falso) de estas tierras lo anormal, lo enorme (en cuanto que supera justamente la norma), lo extraordinario era divino:

«En verdad infundían miedo cuando llegaron. Sus caras *extrañas*. Los señores los tomaron por dioses... Tunajih (el sanguinario Alvarado) durmió en la casa de Tzumpam»⁶.

Extrañidad de Moctezuma ante el intruso Cortés, ya que «consultando a los suyos —escribe José de Acosta—, dijeron todos que sin falta, era venido su antiguo y gran señor Quetzalcoatl, que había dicho volvería y que así venía de la parte del oriente»⁷. El originario morador en lo propio no «descubría» ni «inventaba» al recién llegado. Lo admiraba en su intrusión y, de todas maneras, al igual que los europeos los constituía en su sentido dentro de su mundo. Si para el europeo lo encontrado fue interpretado primero en su «ser asiático» y posteriormente en su «ser americano» como cuarta parte del mundo; para el originario morador el intruso era igualmente interpretado como dios que aparecía y, por ello, de inmediato se preguntaba: ¿para qué viene este ser divino? ¿Para pedir cuentas y castigar? ¿Para bendecirnos y enriquecernos? En el primer encuentro hubo expectativa... desconcierto... admiración... pero duró poco.

4. La visión de los vencidos (la subjetividad derrotada)

El *cara a cara* que desde Europa descubría y que desde nosotros esperaba al extraño intruso fue cuestión de horas, de días:

«Viendo el Almirante y los demás su simplicidad —nos dice Bartolomé—, todo con gran placer y gozo lo sufrían; parábense a mirar los cristianos a los indios, no menos maravillados que los indios *delllos*, cuánto fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca conocieron... parecía haberse restituido el estado de la inocencia, en que un poquito de

5. B. Lewis, *La rebelión de Túpac Amaru*, Sela, Buenos Aires, 1967, p. 421.

6. *Memorial de Sololá, Anales de los Cakchiqueles*, II, 148; PCE, México, 1950, p. 126.

7. *Historia Natural*, VII, cap. XVI; BAE, Madrid, 1954, p. 277.

tiempo, que se dice no haber pasado de seis horas, vivió nuestro padre Addán»⁸.

Pero esto duró poco, como digo:

«Luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos (se arrojaron sobre ellos)... Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despedazarlos, matarlos, angustiarlos, afligirlos, atormentarlos y destruirlos por las extrañas y nuevas y varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad»⁹.

En efecto, el originario morador vivió desde su mundo de manera espantosa la intrusión de esos seres divinos:

«El 11 Ahuau Katun, primero que se cuenta, es el katun inicial, Paz-del-nacimiento-del-cielo, fue el asiento del katun en que llegaron los extranjeros de barbas rubicundas, los hijos del sol, los hombres de color claro. ¡Ay! ¡Entristezcámonos porque llegaron! Del oriente vinieron cuando llegaron a esta tierra los barbudos, los mensajeros de la señal de la divinidad, los extranjeros de la tierra... ¡Ay! ¡Entristezcámonos porque vinieron, porque llegaron los grandes amonitadores de piedras... los falsos ibeeles de la tierra que estallan fuego al extremo del brazo»¹⁰. «¡Ay! ¡Muy pesada es la carga del katun en que acontecerá el cristianismo! Esto es lo que vendrá: poder de esclavizar, hombres esclavos han de hacerse, esclavitud que llegará aún a los Halach Uiniques, jefes de los Tronos de los dios»¹¹. «Temblorosos, trémulos estarán los corazones de los Señores de los pueblos por las señales duras que trae este katun: imperio de guerra, época de guerra, palabra de guerra, comida de guerra, bebida de guerra, caminar de guerra, gobierno de guerra. Será el tiempo en que guerreen los viejos y las viejas; en que guerreen los niños y los valientes hombres; en que guerreen los jóvenes por los honrados Batabes, Los-del-hacha»¹².

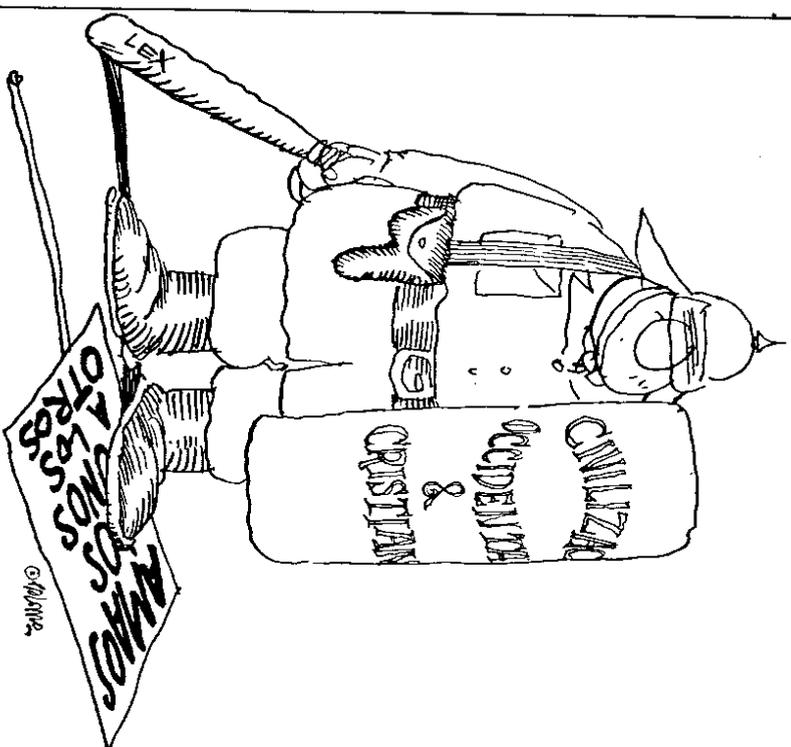
8. *Historia de las Indias*, I, cap. 40; BAE, Madrid, I, 1, 1957, p. 142.

9. Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción*, en *Obras*, *Ibid.*, I, V, p. 137.

10. *El libro de los libros de Chilam Balam*, II, 11 Ahuau; PCE, México, 1948, pp. 124-125.

11. *Ibid.*, p. 126.

12. *Ibid.*, p. 137.



La gloriosa conquista es un acto ético perverso en la historia de nuestro continente, porque fue el mal originario y la opresión estructural que la historia nos legará de maneras distintas hasta el presente. Los originarios moradores, entonces, tuvieron desde su mundo una percepción propia de este acontecimiento que sucede al descubrimiento. Descubrimiento-conquista desde el mundo opresor extraño intruso; desconfianza-intrusión-servidumbre desde nuestra subjetividad propia. Un mismo hecho, dos sentidos, dos efectos diferentes.

5. ¿Encuentro de dos mundos?

Un «encuentro» es, exactamente, el cara-a-cara de dos personas como realización de un movimiento de ir hacia el otro en la libertad, el afecto, y esto mutuamente. Cada uno va hacia el otro sabiendo que el otro viene hacia uno, en el reconocimiento del otro como otro y en el respeto de su exterioridad digna¹³. Pero si el encuentro es desigual, en el sentido que uno va hacia el otro con la intención de constituirlo como «ente-explotable», ya no puede haber «encuentro» y hay que encontrar la palabra apropiada para el tal acontecimiento:

«Dios tuvo por bien elegirme —dice Bartolomé—...para procurar volver por aquellas universas gentes que llamamos Indias, poseedores de aquellos reinos y tierras, sobre los *agravios*, males y daños nunca otros tales vistos ni oídos, que de nosotros los españoles han recibido contra toda razón y justicia, y por reducirlos a su *libertad pristina* de que han sido despojados injustamente, y por *liberarlos* de la violenta muerte que todavía padecen»¹⁴.

Para Bartolomé, entonces, aquello no fue un encuentro. Fue un choque, fue un «enfrentamiento» en su sentido antropológico y militar. «Enfrentamiento»: darse de frente, en la frente; pero también afrontar, humillar, *agrarar*—como escribe Bartolomé—.

13. Cfr. Michael Theunissen, *Der Andere*, Gruyter, Berlin, 1965, el concepto de «encuentro» (*Begegnung*) en pp. 259ss.

14. *Testamento* (1564), en *Obras*, Ibd., t. V, p. 539.

Cuando hay un «enfrentamiento» o un «encuentro» *desigual* se transita diacrónicamente por su suceder. En un primer momento hay, como hemos ya indicado, un cara-a-cara pero en donde, cada uno, tiene diversa posición, intención, patos. Uno considera al otro como el «ente explotable» (poseedor de riqueza, de oro...) y actúa en consecuencia: lo inmoviliza, lo desarma, lo desapropia de sus «reinos, tierras», riquezas. No va en realidad al encuentro del otro como otro en su exterioridad sagrada; por el contrario va a las cosas del otro que tienen sentido en el propio mundo europeo, al inicio del mercantilismo y con avara necesidad del dinero originario—el padre del capital—. Esta «codicia» o deseo desmedido de la riqueza del otro (que es la envidia) imposibilita tener un «encuentro». Es un «enfrentamiento» poseedor de lo ajeno: es robo, rapiña, disolución del mundo indio para poder ser suministrado en lo mismo: el mundo europeo, el de allá se le llama viejo, el de acá nuevo, en realidad *el mismo*—aunque contra la voluntad del conquistador se irá haciendo también otro—.

El originario morador desposeído deberá tributar trabajo primero o vender su trabajo por miserable dinero. De todas maneras su subjetividad, su corporalidad misma será la pobreza radical, la desnudez absoluta, la impotencia del vencido (pero no definitivamente derrotado).

Ese cara-a-cara entre el agresivo conquistador y la pobreza radical del desposeído ¿puede llamarse encuentro? ¿no debería más bien denominarse «enfrentamiento» de dos mundos?

6. Resistencia y emergencia

Lentamente me ha ido pareciendo que desde la reflexión de lo que debería significar la conmemoración de aquel lejano 12 de octubre a fines del siglo XV desde estos fines del siglo XX, el morador originario de estas tierras se va transformando en el sujeto en torno al cual gira el asunto.

Desde España, como es obvio, ellos van relejendo y reestudiando su siglo XV. Así nos «descubrirán» o «inventarán» quizá de nuevo. Desde ellos de nuevo, desde afuera. Producirán en nosotros de nuevo la extrañeza intrusa.

Pero nosotros mismos, los hijos mestizos del conquistador y la india, de Cortés y Malinche, somos ya el procreado de

aquel «en-frentamiento». Pareciera que la ausente en todo esto es la principal protagonista del acontecimiento conmemorativo. Nos dice el artista:

«Marina grita: Oh, sal ya, hijo mío, sal, sal, sal entre mis piernas... sal, hijo de la chingada... adorado hijo mío, sal ya... cae sobre la tierra que ya no es mía ni de tu padre, sino tuya... sal, hijo de las dos sangres enemigas... sal, mi hijo, a recobrar tu tierra maldita, fundada sobre el crimen permanente y los sueños fugitivos... ve si puedes recuperar tu tierra y tus sueños, hijo mío, blanco y moreno... Hay demasiados hombres blancos en el mando y todos quieren lo mismo: la sangre, el trabajo y—escribe Carlos Puentes—el culo de los hombres oscurecidos... Contra todos deberás luchar y tu lucha será triste porque pelearás contra parte de tu propia sangre... (Sin embargo) tú eres mi única herencia, la herencia de Malintzin, la diosa, de Marina, la purú, de Malinche, la madre... Tú, mi hijo, serás mi triunfo; el triunfo de la mujer... Malinxochitl, diosa del alba... Tonantzin, Guadalupe, madre...»¹⁵

Si nuestra madre: si la madre del mestizo, del latinoamericano es el mundo del originario morador, los aztecas, los mayas, los chibchas y los incas, los tarahumaras, los otomies, los caribe, los arauaks, los araucanos o los diaguitas... la / los tenemos en el *olvido*:

«Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Paramo. *Mi madre* me lo dijo... Exíglele lo nuestro... El *olvido* en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro»¹⁶. «Me vuelve a la mente, tras de largo *olvido*... debe estar guardada en alguna parte con el retrato de mi *madre*...»¹⁷.

La conmemoración es tiempo de recuerdo, de des-olvido, de historia para la acción.

Lo primero que no hay que olvidar es que los tales vencidos no fueron derrotados, perdieron la batalla de la conquista pero no la guerra de la historia. Los primitivos habitantes de estas tierras resistieron. La categoría de «resistencia» quiere indicar una manera de «estar» siendo, subsistiendo, en el

silencio mimético del vencido a la espera. Sabemos sin embargo, que no hubo año ni en la colonia ni en el siglo XIX o XX en que algún grupo o etnia de los originarios moradores no se hayan rebelado. Las así llamadas «rebeliones indígenas» son un hecho olvidado y desde hace poco estudiado pero todavía no con la amplitud que se merece. Allí descubriríamos que vencidos, pero nunca derrotados, diezmos pero sobrevivientes, en todos los rincones de nuestro continente, en Argentina o Chile, en Brasil o en el Caribe, por no nombrar el área andina y la centroamericana mexicana, ellos perviven y es necesario no olvidar.

La «resistencia» de cinco siglos casi estuvo entonces siempre dialécticamente entrelazada con la «emergencia». «Emergiam» en sus rebeliones, en su obstinación por seguir siendo distintos, sí mismo. Hoy en Guatemala, como en tiempos de Túpac Amaru, se rebelan nuevamente y otra vez más son masacrados por los mestizos y los blancos, sus hijos que tienen a su madre en el olvido.

Bartolomé escribía que él había sido llamado para «liberarlos de la violenta muerte que todavía padecen». Y esto podemos repetirlo también hoy ya cerca del medio milenio de la intrusión en estas tierras de los descubridores extraños. Todavía hoy padecen «violenta muerte». Pero han triunfado en un momento esencial de la existencia: viven, todavía viven, han *resistido*, ahora emergen y su emergencia liberadora es responsabilidad también de su hijo, del mestizo, del latinoamericano. Esto sí podría celebrarse, han sobrevivido para salir del olvido, para recuperar la memoria, para emerger del encubrimiento desde el tiempo del des-cubrimiento. Debería producirse así el des-encubrimiento del lugar en la historia y en la realidad actual de un pueblo ahora creciente de los originarios moradores de ese desencubrimiento de su realidad pasada y presente, para vislumbrar el lugar que deben ocupar en la sociedad futura liberada.

7. Desagravio histórico

Es por ello que deseamos ir reflexionando con ustedes sobre un aspecto, sólo un aspecto de los muchos en los que deberemos detenernos en estos años. Si Bartolomé se indigna de los muchos «agravios» que los des-cubridores conquista-

¹⁵. «Todos los gatos son pardos», en *Los reinos originarios*, Barrial, Barcelona, 1971, pp. 114-116.

¹⁶. Juan Rulfo, *Pedro Paramo*, PCE, México, 1971, p. 7.

¹⁷. Alejo Carpentier, *Pasos perdidos*, Orbe, Santiago, 1969, pp. 35-36.

dores hicieron a los originarios moradores de estas tierras, es yo el tiempo del *desagravio*.

Agravio significa ofensa que se hace en la honra y fama de alguien contra su derecho. En realidad el des-cubrimiento y lo que le siguió no es sólo *agravio*, sino práctica opresión, servidumbre estructural, explotación de su trabajo, despojamiento de sus bienes, muerte de sus cuerpos, destrucción de sus dioses... Es mucho más que *agravio*, pero también fue ésta ofensa, *agravio*, humillación, falta de respeto al otro en su dignidad.

Aquellos originarios moradores de este continente tienen hoy organizaciones propias, confederaciones, alianzas, pactos. Se reúnen por países, por regiones, y aún tienen congresos y encuentros a nivel latinoamericano. Es verdad que casi siempre son los antropólogos, los delegados de instituciones estatales los que hablan por ellos. Sería necesario que en todo tipo de encuentros, en Europa y en nuestra América, se los tuviera presentes, se los invitara, se los escuchara. Es un deber histórico, es un olvido que hay que borrar.

Pero es más. Pienso que debería pensarse en algo significativo. Debería prepararse dignamente, al menos, un *desagravio histórico* al «indio americano» —y lo nombro por primera vez con estas palabras equívocas y puestas desde «afuera»: falsas—. Pienso que el gran actor ausente de estos preparativos para la conmemoración de aquel 12 de octubre de 1492 es el *indio mismo*.

Desagravio significa, al menos y tan a trastiempo, reparar la ofensa hecha a otro, dando al humillado satisfacción cumplida, compensar el prejuicio causado. ¿Podemos hacer esto? ¿No es utópico? ¿Cómo *desagraviar* el mal irreparable que se les ha hecho y se les sigue haciendo?

Sería necesario no sólo realizar actos públicos por los que España y Portugal, y los Estados latinoamericanos nacidos como el hijo mesitizo del padre europeo y la madre autóctona, reconocieran su culpa, sino que sería conveniente tomar mucho más en serio la sobrevivencia digna, cultural, racial, étnica del «indio americano». Es un problema ecológico, económico, político, religioso, claro está. ¿Porque no sería hipócrita estar reflexionando sobre el mal irreparable que se causó a estos originarios habitantes —del cual somos como he dicho metafóricamente «sus hijos», pero no somos ellos mis-

mos— y ni siquiera intentar hacer algo por mejorar la situación de ellos en ocasión de conmemorar el tan fundacional acontecimiento?

Muchas veces se habla del «día de la raza». Y me pregunto: ¿De la humillada raza indígena o de la intrusa raza blanca europea? ¿Qué festejamos: el *agravio* a los nuestros o la agresividad de los que aquí llegaron? Este tipo de continuas contradicciones nos muestran que es necesario un cierto sentido ético para tener la valentía de querer conmemorar algo.

Propongo, entonces, como un acto central, un *desagravio histórico* al «indio americano», pero en la persona de sus mismos representantes, no por intermediarios. Esto significaría comenzar a integrar los sistemáticamente en todas las comisiones, encuentros, actos preparatorios, etc... De lo contrario, será sólo ocasión para reivindicar la gloria de los que causaron tales *agravios*.

Deseo cumplir así con aquello de «exígele lo nuestro... el olvido en que nos tuvo». Deseo recordar a mi madre, americana, porque «somos su única herencia». Y ¿si nosotros no la recordamos, quiénes la recordarán?

De todas maneras, el «indio americano» que resistió, sólo emergerá como sí mismo en la nueva sociedad, en las luchas de la «segunda emancipación», en el *proceso de liberación* que vive hoy América latina en crisis y sufrimiento. Con Maritátegui pensamos que la «cuestión indígena» está indisolublemente ligada al destino todo de América Latina. El *desagravio histórico* querría así ser un signo, una señal en el camino, para que el indio sea libre en una América Latina liberada.